

Otra miniatura histórica

MARTA SAN MIGUEL



Llevo toda la semana pensando en un libro de Stefan Zweig. Se titula 'Momentos estelares de la humanidad' (Editorial Acantilado) y relata de modo novelado algunos episodios indispensables de nuestra historia. El escritor austriaco los llama miniaturas históricas y van desde Cicerón y Bizancio al descubrimiento de El Dorado, pasando por los viajes al Pico Sur, la revolución de Stalin o el viaje a Europa de Wilson al finalizar la Gran Guerra. Lo interesante de este libro no es solo la mirada cómplice con la que el autor nos mete en esas escenas que parecen ficciones, pero que sucedieron tal y como las narra, lo mejor es la reflexión a la que nos empuja: ¿qué convierte un acontecimiento, ya sea dramático, fortuito o heroico, en un momento decisivo para el devenir de la humanidad? Llevamos varios episodios 'históricos' en los últimos años, pero el apagón me ha hecho volver a este libro, a recomendarlo, a regalarlo incluso, porque leerlo estos días postapocalípticos tiene el mismo efecto que tomarte un ibuprofeno cuando te duele la cabeza.

¿Qué ha cambiado en nosotros lo que sucedió este pasado lunes cuando nos quedamos sin luz y a plena luz del día vimos las hechuras de nuestra vulnerabilidad? ¿El temor a que se repita va a remitir, o ha sido un momento «irrevocable para cientos de generaciones, determinando la vida de un solo individuo, la de un pueblo entero e incluso el destino de toda la humanidad», como los que narra Zweig en su libro? Tales momentos, dice el escritor, comprimidos en una fecha, «son raros en la vida del individuo y en el curso de la Historia», pero últimamente acumulamos una estela de acontecimientos que, al decirlos, suenan como un enfermo enumerando síntomas. Porque ahora ha sido el apagón, pero en estos últimos cinco años, ni la Biblia acumula tantos cataclismos.

Fijemos el inicio en la pandemia. Después, Filomena colapsó bajo la nieve la capital de España, y en La Palma, la erupción de un volcán puso a prueba la imaginación de los guionistas de Netflix. ¿Era posible más efectos especiales creados por la naturaleza en nuestro país? La desgracia aún podía poner más rombos en nuestras pantallas como vimos con la dana en Valencia. Entre tanto, la guerra de Israel y, de fondo, la guerra de Rusia y su invasión a Ucrania, con el vaivén de la inflación mientras llegaban autobuses de refugiados. Tan cerca se notó el olor a pólvora de aquella guerra que más de uno, en la oscuridad del apagón, imaginó a Putin bajando los fusibles de Europa. Y qué decir de Trump y su gorra. ¿Estamos viviendo un tiempo estelar de la Historia que cambiará lo que vendrá, o solo es una miniatura histórica? Nuestra dependencia energética ha abierto un nuevo capítulo, a ver qué escribimos de esta nueva oscuridad.

Un apagón, incertidumbres, y reconexión con lo periférico

EL BISTURÍ
ROSA SORIANO MIRA

Profesora titular de Sociología | Facultad de Ciencias Políticas y Sociología

Mientras escribo estas líneas, donde pretendía centrarme en la sensación de incertidumbre, e incluso de cierto pesimismo que nos inunda desde hace tiempo, se produce el mayor apagón eléctrico de la historia de la península ibérica, lo que posiblemente siga acrecentando que 6 de cada 10 personas en España contemplan el futuro de la sociedad de manera negativa o muy negativa, según el CIS. Ojeo un reciente informe de la ONU que advierte de un periodo de transformaciones sociales de tal magnitud que, entre otras consecuencias, provoca una creciente desconexión entre gobiernos y ciudadanía. Dicha situación dificulta la generación de certezas sólidas y de un clima de optimismo, además de ir acompañado de una creciente sensación de inseguridad y pérdida de confianza en las instituciones.

Dicen que quienes nos dedicamos a la Sociología pasamos gran parte de nuestro tiempo formulando lo que intentamos sean buenas preguntas. Y desconectada de comunicación con el exterior, comienza mi interloquio: ¿El cambio social, por sí solo, es capaz de generar tanta incertidumbre? ¿La ausencia de certezas es directamente proporcional a la sensación de inseguridad? ¿Buscamos desesperadamente certidumbres que den sentido a nuestra existencia, a pesar de que puedan ir contra la convivencia? ¿Qué tipo de fuentes utilizamos para alcanzar certezas? ¿Acerto a encontrar una respuesta para este último interrogante: la experiencia —ya sea propia o colectiva— basada en el pasado o en el presente; el conocimiento científico basado en evidencias; y las emociones, muchas veces en forma de intuición.

¿Y qué sucede con estas fuentes para que no ofrezcan las respuestas necesarias

en la búsqueda de certidumbres? La experiencia ha dejado de servir como anclaje, debido a la profundidad de los cambios actuales. Ya no vale buscar en el pasado soluciones ante lo desconocido, pues la mayoría de los cambios y conquistas sociales han llegado para quedarse. Aparece la primera certeza que debemos afrontar con optimismo, pues lo interesante del presente es que estamos a tiempo de idear cómo queremos vivir. Eso sí, atendiendo a las desigualdades estructurales y las situaciones de vulnerabilidad social. —lo que ciertos sectores llaman, en tono crítico, «ideología woke»—, aunque ello implique renunciar a privilegios.

En cuanto al conocimiento científico, un reciente estudio realizado en 68 países revela que, si bien una amplia mayoría confía en el personal científico, también cree que deberíamos estar más involucrados en la sociedad y en la formulación de políticas públicas. Aparece la segunda certeza: la ciencia, junto con la ciudadanía, debe esforzarse por ofrecer sentido a una realidad social cada vez más compleja, fomentando el diálogo. La población ha demostrado capacidad para mantener la calma en situaciones como la vivida, pero necesita información que sea proporcionada de manera rápida, clara y creíble. Estamos capacitados para comprender situaciones complejas, coadyuvando a la política.

Y mientras la ciudadanía a través de la imaginación, y la ciencia, de la mano de esa misma ciudadanía, logran construir certezas creíbles para que la política responda responsable y eficazmente ante la complejidad social, queda el campo emo-

cional como vía para dar sentido a las vicencias. Y ¿cómo solemos responder emocionalmente cuando lo conocido se tambalea? Con este apagón lo vemos claro. Desde lo cercano, favoreciendo la solidaridad grupal compartiendo los afectos. Desde lo lejano levantando muros, reales o imaginarios, e incluso apelando a teorías conspirativas para obtener certezas que incrementen la sensación de seguridad física, relacional, emocional e identitaria.

En este contexto, no resulta baladí que tres cuartas partes de la sociedad española muestre su acuerdo con aumentar la capacidad defensiva de la UE. O que la inmigración aparezca como cuarto problema social en España, es decir, como amenaza. O que el Pacto sobre Migración y Asilo de la UE responda ante la creciente preocupación por la seguridad en la gestión de la migración y el asilo, fortificando sus

fronteras exteriores en forma de falso dilema: muros o invasión. Esta simplificación reduce un problema real a solo dos opciones, cuando la realidad es que existen otras alternativas. Más que nunca, es necesario que la política comprenda que no

debe contribuir a generar falsos dilemas que polaricen más a la sociedad en búsqueda de rédito electoral.

El fin no justifica los medios. Hay certezas que permiten abrigar la esperanza de una convivencia no centrada en la construcción de más muros. Existen casos de éxito donde la apuesta ciudadana —basada en la experiencia, la ciencia y la intuición—, junto con la voluntad política por el diálogo, la colaboración y la humanización de las vulnerabilidades, funcionan. Aunque lleve tiempo, urge una regeneración institucional, política, relacional e incluso de los afectos. Donna Haraway invita a imaginar formas de convivencia y responsabilidad compartida en el mundo.

La reciente muerte de Bergoglio nos hace revisar las periferias como espacios de exclusión por razones de género, clase, etnia, orientación sexual, discapacidad, pertenencia étnica o estatus migratorio. También son periferias la pérdida de salud física o mental, abandono, sufrimiento, soledad, o desesperanza. O desplazamientos por motivos económicos, políticos, climáticos, o de cualquier otra índole, que generan superpoblación y desdoblamiento, con las contradicciones que supone. Urge recuperar todos los territorios del planeta en una apuesta por lo local, sin olvidar las conexiones globales. Responder a las desigualdades estructurales implica una ganancia colectiva. Al finalizar el día comprendo con claridad que la alternativa para generar certezas y, por ende, seguridad, pasa por centralizar las periferias, el diálogo y la escucha, y no por legitimar muros que nos separen.

Responder a las desigualdades estructurales implica una ganancia colectiva



JESÚS FERRERO